

JUAN B. LASTRES

---

El Hospital Militar  
de "San Bartolomé"

Imprenta "Lux"  
Santa Catalina No. 637  
Lima-Perú  
1947

Universidad Nacional Mayor de San Marcos  
Facultad de Medicina  
UBHCD

# El Hospital Militar de “San Bartolomé”

Conferencia sustentada el día 24 de agosto de 1946, con ocasión de celebrarse  
el tercer Centenario del Hospital (1646 · 1946)

POR

**JUAN B. LASTRES**

Jefe del Servicio de Neuro-psiquiatría del Ejército del Perú.

De las Academias de medicina de Lima, Guatemala y Medellín (Colombia).  
Miembro de la American Association of the History of Medicine. Miembro  
de Honor de la Asociación Médica Argentina, del Ateneo de la Cátedra de  
Historia de la Medicina de Buenos Aires, de la Asociación argentina de la  
medicina, de la Société D'Endocrinologie de Paris, de la Société Française  
d'Histoire de la médecine, de la Deutsche Gesellschaft für Geschichte der me-  
dizine und der Naturwissenschaften de Berlín, de la Société de Neurologie de  
Paris, etc., etc.

Fundador de la Sociedad Peruana de Historia de la medicina y primer Cate-  
drático de la Historia de la medicina en la Universidad de Lima.

Caballero de la Orden Militar de Ayacucho.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos  
Facultad de Medicina  
UBHCD

# OBRAS DEL AUTOR

- EL PENSAMIENTO BIOLÓGICO DE UNANUE Y ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL CLIMA.— Lima, 1933.
- LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS EN EL INCANATO.— Lima, 1935. (Premiada por el Concejo Provincial de Lima).
- LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS EN EL COLONIAJE.— Lima, 1938.
- LES TRAITEMENT DES MALADIES NERVEUSES PENDANT L'ÉPOQUE COLONIALE AU PÉROU.— Paris, 1940.
- LOPE DE AGUIRRE, EL REBELDE.— Buenos Aires, 1942.
- VIDA Y OBRAS DEL DOCTOR MIGUEL TAFUR.— Lima, 1943. (Premio Winthrop).
- REPRESENTACIONES PATOLÓGICAS EN LA CERÁMICA PERUANA. Album de huacos.— Lima, 1943.
- GARCILASO Y LA MEDICINA.— Guatemala, 1946.
- LAS NEURC-BARTONELOSIS.— Lima, 1945. (Premio de la cultura "Hipólito Unanue", 1946).
- UNA NEUROSIS CELEBRE. El extraño "Caso" de "La Mariscala".— Lima, 1945.
- LAS CURACIONES POR LAS FUERZAS DEL ESPÍRITU EN LA MEDICINA INCAICA.— Guatemala, C. A., 1946.

*Por aparecer:*

LA MEDICINA INCAICA.

LA ÉPOPEYA DE LA VACUNA EN EL PERÚ.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos  
Facultad de Medicina  
UBHCD

---

Tres siglos de sufrimientos y dolores, de angustias y deses-  
peranzas, de luchas y esfuerzos, en silencio, quedamente, cual co-  
rresponde a la obra evangélica de arrancar a la muerte sus presas.  
He allí el resumen de la vida de este Hospital que fundara la piedad  
inagotable del venerable Fray Bartolomé de Vadillo.

Tres siglos: Historias de miserias humanas y también de gran-  
dezas. Epopeya silenciosa del que prodiga el remedio, del dolor que  
redime y purifica y del arte divino, que cura, alivia o consuela.

Casona tricentenaria que ha sido testigo de un gran lapso  
histórico de la vida nacional; yo te rindo mi homenaje.

---

El siglo XVII lo llama Garrison, el de los descubrimientos  
científicos individuales. Es la época de Cervantes, Shakespeare,  
Milton, Servet, Galileo, Harvey. Filósofos, astrónomos y médicos  
se disputan el saber. En medicina un nombre eclipsa a los demás, es  
William Harvey, que con Vesalio y Paracelso, inician el renaci-  
miento en medicina y preparan la era de los sistemas. Pero tam-  
bién hay otros investigadores de nota. Leauwenhoeck, que poseía 247  
microscopios y 419 lentes construidos por él mismo; Swameerdann,  
Malpighi. Redi, Borelli, Sanctorius, Van Helmont, Willis, Silvius y  
muchos otros. Van Helmont es el primero de los sistemáticos, fun-  
da la iatroquímica, una alma sensitiva en la base de los fenómenos  
vitales. Sydenham, el Hipócrates inglés restaura el antiguo hipoc-  
ratismo, y da impulso a la clínica. Establece la doctrina del *genius*.

**epidemicus**, en el origen de las enfermedades infecciosas. El clima adquiere importancia insospechada, como en el antiguo hipocratismo. Las grandes escuelas de la época fueron Leyden, París y Montpellier. La anatomía y la fisiología progresaron en gran escala; la alquimia dará nacimiento a la química y la astrología a la astronomía. Será el tiempo del eterno pleito entre médicos y cirujanos agudizado por las conveniencias sociales. Sangrías y purgas rivalizan para expoliar al cuerpo y sacar la flema o el humor pecante.

“Clysterium donare  
Postea seignare  
Ensuita purgare.

dirá el poeta. Moliere se reirá de los médicos en Francia y Caviedes en el Perú. En el arte, también estará representado lo deforme y lo grotesco, en los cuadros inmortales de Velasquez, con sus enanos y bufones, sus hidrocéfalos y locos, los que caracterizan las epidemias de posesos y los del baile de San Vito, así como el inimitable Rembrandt que representa a Tobías curando una catarata.

Desde el siglo XVI se nota en los dirigentes de la recién fundada Universidad de San Marcos, el anhelo de que se enseñe medicina. Eguiguren consigna este deseo, señalando como primer patrón de la Universidad, desde 1571, a San Lucas. Juan de la Rinaga Salazar, hacia 1602 vuelve a insistir en este punto. El cirujano Rector Francisco Franco, invitaba a los aficionados a medicina a contemplar en el Hospital las operaciones de Cirugía de las que era perito.

Los textos de Hipócrates, Galeno y Avicena, eran los únicos consultados, como una verdadera prolongación del período de la Edad Media. Y el Vate Pedro de Oña, en su Arauco Domado, hacia alusión a estas aficiones médicas:

“Hipócrates Galeno, Avicena,  
Con cuantos hay modernos al presente  
Podrán a buen seguro de su fama  
Venir a practicar con esta Dama”

Dominaba omnipotente la escolástica y pasará algún tiempo para que la medicina tome rumbo definido hacia su tinte científico.

Melchor de Amusgo, con su discurso sobre el Sarampión, Juan Figueroa, con su astrología médica, Gago de Vadillo, con su Luz de la verdadera Cirugía y Bermejo y Roldán, con sus estudios sobre el sarampión, llenan el saber del siglo XVII. Más tarde vendrá el médico italiano Federico Bottoni que presentó un trabajo

sobre la circulación de la sangre, en el que hacía alusión por primera vez en el Perú, al sensacional descubrimiento de Harvey, hecho el siglo anterior.

Los escasos médicos que venían de España, lo pobre de la enseñanza médica, el bárbaro arrojo de los charlatanes y las epidemias que diezaban a las poblaciones, resumen la medicina del setecientos. La musa popular cantará a las enfermedades infecto-contagiosas:

“Sarampión toca la puerta  
Viruela dice quien es  
y escarlatina contesta  
aquí estamos los tres”.

Así era la medicina en el Perú, cuando se fundaba el Hospital de San Bartolomé, en 1646.

La Asistencia social de la colonia, no estaba en la base de la Política Indiana de España. Ocupó su puesto, la Caridad y la filantropía fuerza secreta de la fe cristiana, inflamada en los siglos XVI y XVII, época de la emoción universal de España motivada por las grandezas y miserias de un nuevo mundo que descubriera Colón. Esta caridad como dice Paz Soldán, motor anímico de la asistencia, imprimió movimiento a los orígenes constitucionales del Perú, con realizaciones soberbias. El “derecho divino” de la autoridad monárquica, dogma político de la época, aparejó, asimismo el “deber divino” de velar porque la piedad hiciera menos dura la condición de los súbditos de la Monarquía. Y tal ruta la marcó un corazón de mujer, la Reina Isabel la Católica, la que en su testamento espiritual, encargó que no se olvidase la conversión de los indios a la Santa Fé Católica. . . . Juan de Solórzano, en su política indiana, nos da cuenta de estos deseos convertidos en ley por las autoridades de indias

“La Iglesia que condividía en parte esta autoridad, las Ordenes Hospitalarias, que bajo la advocación de San Juan de Dios, de Pedro de Betancourt, las más importantes y otras menores bajo los patronatos de San Camilo, de San Hipólito, etc., vinieron a compartir con la Corona, tamaña empresa de fraternidad, más acatando previamente, sin reservas, las normas emanadas por el Rey. La condición de sacerdotes, que no pocos juandedianos y betlemitas tenían como profeso conforme los cánones eclesiásticos, no los libraban de responsabilidad como administradores de estas casas de Caridad. Y los laicos, que se sumaron generosos a tal cruzada rindieron siempre sumisión al Monarca y a sus representantes”.

Así fué la política asistencial de la Colonia, primitiva se diría, pero con más caridad. Menos técnica que en los Hospitales

modernos, como dice Hume, pero colmada de fraternidad cristiana, recurso misterioso y potente de todos los tiempos.

Misioneros y filántropos dieron forma a la piedad colectiva. La Caridad cristiana alcanzó su más bella forma en los siglos XVI y XVII, en que se fundaron a porfía Hospitales y Casas de Misericordia.

Fué forma rudimentaria de asistencia social, para nuestros cartabones actuales, pero fué un incentivo más bello para el alma humana: el socorrer al desválido que sufre y que tiene hambre. Con justeza ha dicho el gran pensador Ricardo Jorge: "La religión elevando la caridad a rito y a regla de moral colectiva, creó las instituciones hospitalarias en donde se desentrañó la medicina moderna, radicalmente oriunda de esa impulsión altruista al influjo de la cual modeló su propio carácter humanitario y social". El espíritu cristiano de los emperadores españoles, dieron forma a esta política sanitaria en indias: proteger al capital humano. Carlos V, el grande de España, ordenaba: "Encargamos y mandamos a nuestros virreyes, Audiencias y Gobernadores que con especial cuidado provean que en todos los pueblos de Españoles y de Indios de su provincia y jurisdicciones se funden Hospitales donde sean curados los pobres enfermos y se ejercite la Caridad Cristiana". Y Felipe II añadiría años más tarde: "...que cuando se fundase o poblare alguna Villa o Ciudad pongan Hospitales para enfermedades que no sean contagiosas, junto a las Iglesias y por claustro de ellas, y para los enfermos de enfermedades contagiosas en los lugares levantados y partes que ningún viento dañoso, pasando por los Hospitales vaya a herir a las poblaciones". Sabias ordenanzas de política que hicieron mas llevadero la obra colonizadora de España, henchida en la fe en Cristo y en la potencia inmanente de la raza latina.

Fray Jerónimo de Loayza, protector de los indios, prelado virtuosísimo; el Padre Molina, Luis de Ojeda, un San Vicente de Paúl Americano, como le llama Paz Soldán, Bartolomé de Vadillo, y cien más, fueron los que tomaron sobre sus hombros, esta tarea inmortal, henchida de altruismo y de abnegación. San Cosme, y San Damián, Santa María de la Caridad, del Espíritu Santo, San Pedro, San Lázaro, San Bartolomé y muchos otros, son monumentos que levantaron de consumo la piedad y la fe de Cristo. Las Ordenes de San Juan y Nuestra Señora de Belén, se encargaron de hacerlas funcionar. Filántropos como Antón Sánchez, Alonso de Paredes, Gonzalo López, Diego de Guzmán, Antonio Dávila, Tijero de Segovia y cien más, abrieron sus cajas de caudales para beneficiar al pobre enfermo.

Martínez Durán ha dicho justamente de los Hospitales coloniales en América, que "el cristianismo por sus alcances universales humanos, por amor de Dios y al prójimo que fundamenta su doctrina, elevó el hospital a la categoría de obra piadosa, presentándole

toda clase de ayudas, lo cual permitió su progreso material y espiritual, base segura para su porvenir científico".

Y el hospital será centro de enseñanza. A su vera está el altar de la Iglesia y de la Ciencia. Más tarde Unanue instalara el Anfiteatro y el Colegio de Medicina, junto a los más viejos Hospitales. Sus camas y sus enfermos, servirán a los protomédicos, para dictar sus clases magistrales y evolucionará la Escuela Empírica, por una escuela más en armonía con los adelantos de la ciencia: la ciencia del hombre enfermo, la Clínica y la patología.

Amor, devoción, fervor místico, medicina, se dan la mano en la Colonia. Son continuación obligada de la medicina Medioeval, en que los religiosos no tenían tiempo ni de decir misa tan atareados como estaban en el ejercicio de la medicina.

El folklore místico de la colonia, ofrece un amplio campo al estudioso. Hace tiempo que estamos empeñados en ello y en muchos artículos, ha salido vertida nuestra opinión.

Más la investigación historiográfica actual, viene en nuestra ayuda para explicar cómo se originó el nombre de San Bartolomé. L. A. Eguiguren, en su opúsculo bien documentado, dice que Santa Rosa de Lima, tomó por protector y curador al Bienaventurado San Bartolomé, "no sólo por ser santo de su nombre, sino, porque ella había oído en un sermón que dicho Apóstol, durante su vida mortal, había tenido vehementes deseos de ver a Dios. Estos deseos fueron satisfechos concediéndosele muchos grados de gloria. Así además de las virtudes del Santo, él con todos aquellos me enseñaron a amar, me robaron la voluntad". Así Santa Rosa hacía gala de cultivar la mística y su fe por el Santo Apóstol Bartolomé. Se conservan escrituras y dibujos, recientemente publicados por Eguiguren, en donde se da cuenta de esta devoción. Piensa que el nombre de San Bartolomé, vino de esta devoción al santo, cuando ella exclama: "Al glorioso Apóstol San Bartolomé amo tanto de corazón muchos años..... confieso con toda verdad, en presencia de Dios que todas las mercedes que he escrito, así en los cuadernos como esculpidos o retratados en estos papeles ni los he visto, ni leído en libro alguno en cuyo libro se que es sabiduría eterna, quien confunde a los soberbios y ensalsa a los humildes".

Disiento con el distinguido historiador respecto al origen del nombre. Bien puede la santa limeña tener devoción por el Apóstol San Bartolomé, pero sin duda que más influencia tuvieron en el ánimo de los dirigentes de la Colonia, para bautizarlo pocos años después de la muerte del ilustre prelado con el nombre de Real Hospital de San Bartolomé, recordando al santo en el nombre de:



Padre Vadillo. Esta más de acuerdo esta manera de pensar, porque en ese entonces no sería muy conocida del público, las devociones de la Santa Limeña.

La hagiografía virreinal, ofrece campo inmenso a la investigación folklórica. Es el folklore religioso, tan rico y variado, cuyo estudio aclara muchos puntos de la forma de curar de la época. Es la prolongación de la forma de terapia conventual de la Edad Media. El Santo a quien el enfermo invoca, actúa por medio de la fé, por mecanismo psicoterápico. Los que están con la peste imploran a San Roque, San Lucas, es considerado patrón de los médicos en la Universidad de San Marcos, recién fundada. San Cosme y San Damián, prodigan sus curas bienhechoras a través de sus efigies como, San Blas, Santa Apolonia, San Damaso. A San Roque se le representa junto a una adenitis inguinal. Sta. Lucía es patrona de los invidentes. San Cosme y San Damián, son médicos y mártires:

“Pues teneis celestial ciencia  
Cosme y Damián sagrados  
aplicad santos amados,  
medicina a mi dolencia”.

A San Cosme se le representa joven y hermoso, a San Damián más reflexivo y prudente:

La musa popular les canta.....:

“Aprendiste medicina  
del espíritu de Dios  
y, sin duda, los dos  
sanáis por virtud divina.  
Pues Dios con su omnipotencia  
os dió al mundo graduados,  
Aplicad santos amados”.... etc.

Y, en efie y en los lienzos invocados por los enfermos, les devuelve la salud perdida:

“Too lo arreglan los médicos  
con pontigues de botica  
la ciencia es de San Cosme,  
curar sin hacer vesitas”.

En la pléyade de santos figura San Bartolomé, invocado constantemente por la Santa Limeña, patron y protector de las enfermedades de la piel ya que fue martirizado y despellejado. En

Roma preside al hospital dermatológico. Esta representado con la piel en la mano. Un refrán dice:

“Ni hagas el queso barca, ni del pan San Bartolomé”.

El factor psicoterápico, principalmente la psicoterapia sugestiva, estuvo muy en boga en el tratamiento de las neurosis y psicosis durante la época colonial, como lo he demostrado en otra oportunidad.

La psicoterapia fue aconsejada y practicada por los clínicos de la época. El Padre Calancha y Meléndez, nos hablan de curaciones “milagrosas” en los conventos limeños, San Cosme, San Damián, San Nicolás de Tolentino, con sus panecitos mágicos, tuvieron mucha influencia en las curaciones llamadas místicas, en la curación de muchos “nerviosos”.

Unanue decía:

“El silencio, la luz moderada, inducen quietud en los enfermos, mas algunos desearían disipar la melancolía de su espíritu, con la conversación suave de un caro amigo, y oyendo algún instrumento de su afición y no debe negársele este consuelo. La música ha acreditado tener un imperio poderoso para refrenar los delirios. Se muestra partidario de los ejercicios mentales, haciendo suyo el aforismo eterno: “mens sana in corpore sano”. Aconsejaba en los casos de excitación motora o delirio el aislamiento, el reposo, y la sobrealimentación, adelantándose a los postulados de la higiene mental moderna.

De curas maravillosas nos hablan cronistas y médicos. Mientras en Lima Martín de Forres, en el Convento de Santo Domingo, hacía curaciones sorprendentes, mientras San Nicolás de Tolentino y sus mágicos panecitos devolvían la salud perdida, también en el arte, se representaban, aunque no con el brillo de las Escuelas europeas, estas curaciones milagrosas. Y en lienzos y bajo relieves coloniales, algunos hemos visto en el Cuzco, en los Conventos limeños, en Trujillo, representar escenas de esta índole. En Trujillo, en un templo dominicano, existen escenas de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo; y en uno de los lienzos se lee: estos versos parecidos a la cura de Tobías:

“Con doliente afán y dolor  
de Huanchaco una india llega  
conduciendo a su hija ciega  
al altar de este Señor.  
Como víctima en su honor  
misa hízose celebrar  
y al tiempo que desde el ara  
la hostia el Ministro elevó

Milagrosamente vió  
La ciega con vista clara".

Así fue la medicina de aquella época. Mezcla de ciencia y de empirismo, con rezagos de las épocas oscuras del medioevo en la cual la medicina la ejercían los curas, que muchas veces, estaban tan atareados en sus funciones médicas que no les quedaba tiempo para decir Misa. Hubo necesidad de amonestarlos y que tomaran disposiciones enérgicas los diversos concilios, para así producir la histórica liberación de la medicina y de la religión.

Veamos algo sobre la raza de ébano.

El negro esclavo ofrecía en la Colonia un triste aspecto. El Hospital fue en un principio destinado a los infieles y enfermos negros horros.

La raza de ébano traída del Africa, agregaba al ambiente un pigmento y una nueva patología. Con ellos, aparte de una nueva raza, con todas sus taras, se produjeron cambios fundamentales en la raciología americana. Al indio adormilado y nostálgico, vino a sumarse el negro rugiente, con su tropicalismo exagerado sediento de venganza contra el blanco y almacenando, por herencia racial, gran parte de los vicios de la humanidad.

Pero hay más desde el punto de vista biológico. La introducción del contingente africano, comprado a vil precio, con miras a favorecer el desarrollo de las industrias, principalmente la minera, ocasionó serias perturbaciones demográficas y la intromisión, en la virgen América, de una nueva patología importada del Africa, de una nueva etnia y un nuevo pathos, patología tropical, que vendría a sumarse a la no menos rica del elemento aborigen.

Fueron los negros importados a América casi a raíz de la conquista, a comienzos del siglo XVI, por real cédula fechada en 1501. En las Antillas se repartió el mayor número; y allí es precisamente donde dejaron sentir los primeros desmanes de su tropicalismo y de sus enfermedades. La viruela, azote dantesco del Continente, llegó al Reino de la Nueva España por un esclavo negro del Conquistador Pánfilo de Narvaez, "Carbón encendido que inflamó el nuevo mundo".....

En el Perú se puede decir que tienen una triste historia, con una fácil aclimatación, pues llegaron a un País de clima muy semejante al de su origen. Mas no cuando eran trasladados climas frígidos, para trabajar las minas. En ellas la despoblación alcanzó caracteres de gravedad demográfica.

Un negro salvó a Almagro en Pueblo Quemado; un negro vino con los trece de la isla del Gallo; negros luchaban en las guer-

rras civiles entre los conquistadores y negro fué también el que con un golpe de alfanje separó la cabeza del rijoso y malogrado Virrey Blasco Núñez Vela en Iñaquito.

Las costumbres licenciosas del indio, sufrieron relajación mayor con este lote africano. Desde los comienzos de la conquista, eran los negros bastante numerosos y el Cabildo de la Ciudad de los Reyes, dió ordenanzas para reglamentar su distribución, "ya que había muchos negros, y que hacían mucho daño a los indios".

Su natural pendenciero, daba motivo a que constantemente los Virreyes y Gobernadores dictaran disposiciones policiales. Las crónicas de la época, en especial los Diarios de Mugarburu y Suardo, están llenos de crímenes y perversiones cometidos por ellos.

Los que viajaban de Panamá traían con sus personas muchas enfermedades. Por eso, el Marqués de Guadalcázar ordenó que todos pasasen cuarentena, por ser bien sabido que traían: "viruela, sarampión y tabardillo de que venían infectados, de allí eran conducidos a los arrabales herrados encadenados de dos en dos, como los presidiarios, en donde permanecían a la intemperie hasta que encontraban comprador".

El mal de **Lázaro** infectó como la viruela, al virgen Continente americano. Fueron muchos los leprosos que vinieron a nuestras playas. Por eso en 1536, Anton Sánchez, el humilde "espadero", empleo su fortuna en socorrer a los desválidos del mal de Hansen, fundando el Hospital de San Lázaro. La raza de ébano, era fuertemente atacada por este mal. Eran los negros los que arribaron a los mercados de esta ciudad de los Reyes y eran también esos desgraciados sus más ordinarias víctimas; dice el Padre D. Angulo, historiando el tétrico arrabal de Lima. Los desdichados víctimas de la lepra, "se guarecían en los montes y cañaverales del río o en las huacas y ruinas que por aquella época abundaban en los alrededores de Lima, donde morían de hambre y miseria, sin otro testigo que su propia desventura y sin otro consuelo que su desamparo". Así fué el triste espectáculo de miseria y horror que movió a piedad a Anton Sánchez y más tarde a Bartolomé de Vadillo.

Mendiburu en su diccionario biográfico, habla de la situación de los **negros** al comenzar la Colonia. "Fueron excesivas las penas que impuso Gasca en la pragmática de aquel año contra los esclavos prófugos, bien es verdad que cometían muchos y graves delitos en los caseríos y campos de toda la costa. La simple ausencia se castigaba con cien azotes y con prisión en cepo de cabeza; pero si el objeto de ella había sido ir a vivir con alguna india, la pena era cortar al negro las partes pudendas públicamente. Si permanecía huído se le destroncaba un pié a elección del amo, o sufría castigo mayor, si además de la fuga había perpetrado otro delito.

Era permitido matar a los negros que se resistiesen cuando se les fuera a capturar.....".

Así vivían en medio de la corrupción y las enfermedades y cuando morían, no les enterraban en ataúd, sino en la tierra, sino eran abandonados los cadáveres, que eran pasto de las aves rapiña. Cuadros dantescos, que resucitan el medioevo o los modernos campos alemanes.

Digamos algo sobre el fundador.

Un apóstol de la caridad cristiana, un cruzado, se diría ahora, empírico de la ciencia de la asistencia social pero, un gran corazón y una mayor alma. Tal fué el Padre, Fray Bartolomé Vadillo, de la Orden de San Agustín. A su esfuerzo tesonero se debe la erección de este Hospital, allá por el año de 1646.

Como el Arzobispo Loayza o el piadoso Luis Pecador, Vadillo fué un esforzado paladín de la caridad cristiana. Y su gesto, tiene aún más de piadoso, porque fué dirigido la sufriente raza negra, que por ese entonces eran esclavos.

Una humilde Casa, en el Barrio de la Barranca, fué el origen de este Hospital. Depósito para negros enfermos y necesitados. albergue para el dolor y la miseria de ébano.

El Maestro **Vadillo**, llamado "pico de oro", por la elocuencia de su verbo, fué designado por el Marqués de Mancera, Catedrático perpetuo de la Universidad. Fué Rector del Colegio de San Ildefonso y orador sagrado agustiniano.

Las crónicas universitarias de la época, hablan de la bondad de su oratoria, "pico de oro entre los predicadores, con don de labios, para decir predicando divinos conceptos, sin perder de vista lo más serio de la moralidad, se remonta a los mejores colores de la elegancia, substituto asimismo de esta Cátedra". Se refiere a la de Teología.

Peralta en su "Lima fundada", proclama sus excelsitudes.

"El Vadillo, el Mendoza, ilustres nombres,  
que ángeles son, con apariencia de hombres".

La figura del Padre Vadillo, aparece ennoblecida a través de sus biografías. Desde muy joven se distinguió por el brillo de su inteligencia y su capacidad para la acción. A los 18 años era catedrático de prima. Fué orador, escritor y poeta. En el libro de Diego Cano Gutiérrez sobre las fiestas de la Inmaculada, aparece este soneto del Padre Vadillo:

Universidad Nacional Mayor de San Marcos  
Facultad de Medicina  
UBHCD

“Con letras de oro tu gallarda suma  
sobre su campo azul traslada el Cielo.  
Envidioso que en el bronce imprima el suelo.  
Cuanto las glorias de su Reyna Suma”.

Además de fundar el Hospital para negros, fundó la Sala principal del Hospital de la Caridad.

En 1635, predicó el sermón en la Catedral de Lima en presencia del Virrey Conde de Chinchón, en acción de gracias por haberse salvado el tesoro de las Indias que conducían los galeones a España. En 1632 predicó otro sermón famoso en honor del Dr. Feliciano de la Vega, Gobernador del Arzobispado y electo de Payán.

En 1646, cumple una de las obras más bellas de la caridad cristiana; obra que le coloca a la altura de Fray Jerónimo de Loayza y Luis de Ojeda. “Afectado dice Mendiburu, de sentimiento al ver que los negros pobres no tenían refugio en sus dolencias, y que aun morían algunos en el campo y arrabales de Lima, abandonados cruelmente, por los mismos a quienes habían servido, proyectó hacer un hospital donde pudiese acogerse y morir evitando así el escándalo que el mismo palpó encontrando un día en el lugar denominado “Barraca o Barranca”, un cadáver insepulto y que era pasto de animales”. Recurrió a la piedad de los vecinos y reunió algunos pesos para fundar una humilde casa que sirviera de albergue a los negros enfermos y necesitados. Fué ayudado en esta santa obra, por el Padre Juan Perlín y Francisco Castillo de la Compañía de Jesús.

Más tarde, en 1651, el hospital de negros dejó el humilde albergue, fundándose con mayor comodidad y terreno, el de “San Bartolomé”, en el mismo sitio que hoy ocupa. Contribuyeron a la obra, el Arzobispo Villagómez y el Capitán Don Francisco Tijero, el Dean Juan de Cabrera, Marqués de Ruz.

Al fallecer Vadillo, un negro agradecido a su piedad le dedicó este cuarteto:

¡Feliz Vadillo! que franco  
Supo con forma especial  
Darle aquí al negro hospital  
Siendo de piedad el blanco.

Vivían los negros en los arrabales de la pequeña urbe limeña de entonces. Morían tristemente dando un espectáculo nada edificante para la higiene urbana. Por eso el Venerable Fray Bartolomé de Vadillo, “yendo un día por el barrio de la “Barranca”,

con el Padre Juan Perlín de la Compañía de Jesús, acordaron fundar un Hospital para los pobres negros desamparados. "Supuesto que en aquel paraje inmundo hallaron unas negras y negros muy viejos solo al abrigo que les daban unas pobres pajas y preguntados que motivos obligaban a aquella existencia, respondieron que allí vivían y allí morían, por no tener otro recurso, ni amparo. Más, la vista de los dignos prelados se estremeció de horror cuando vieron el cadáver insepulto de un negro que era devorado por los buitres. Apiadados de aquella lamentable situación "alquilaron un paraje donde se recogiesen y tuviesen abrigo. Y así el celo de estos padres fué tal, que recogieron muchas limosnas y con ellas, en el mismo barrio de la Barranca, quizá junto al río Rímac compraron un pequeño solar, una especie de asilo y unas cuantas camas, para dar albergue a los infelices negros" Fue tanto el número de pobres negros y negros viejos, impedidos y enfermos que ya no cabían en aquel sitio y continuando tan santa obra se compró en un sitio en dicho año que entonces era una huerta despoblada y hoy el que ocupa el dicho Hospital.

Así fué de modesto, unas cuantas chozas, el primitivo Hospital, un asilo se dijera, fundado hace precisamente 300 años por la voluntad de un santo prelado.

Bien pronto, la obra que fundara la caridad resultaba insuficiente. Era excesivo el número de negros enfermos. Había que disponer de mayor espacio y de mejor atención. En una palabra un Hospital. Y a ello consagró su tesonera voluntad Vadillo. Interesó al Ilustrísimo Arzobispo Don Pedro de Villagómez y reunió la respetable suma de 27.000 pesos y con ellos se comenzó la construcción del edificio en el sitio que actualmente ocupa. Era por el año de 1651.

Es indudable pues que el primer Asilo para negros estuvo al lado del río Rímac. Así lo afirma Fuentes en su Estadística General de Lima, por la ribera del río de esta ciudad hacia la Barranca, probablemente en lo que se llama actualmente la calle de la Barranca. Fué un "humilde albergue", donde estaban asilados los negros enfermos e inválidos, sin atención médica hasta que se fundó definitivamente el actual Hospital.

Como Vadillo era pobre, lo ayudaron en su noble tarea muchos filántropos, entre ellos Francisco Tijero de la Huerta y Segovia, natural de Llerena de Extremadura, el cual contribuyó a levantar el nuevo Hospital que ocupaba el barrio de Santa Catalina.

Se conservaba el retrato de Fray Bartolomé de Vadillo, según Fuentes al lado del Evangelio. Hoy ha desaparecido.

Juan de Cabrera Benavides fué otro filántropo el cual empleó toda su renta en auxilio de los pobres desválidos, muriendo piadosamente y siendo sepultado en la Iglesia del Hospital, como lo fuera Tijero de Segovia.

La Iglesia del Hospital, apunta Fuentes, padeció mucho con los terremotos de 1687 y 1746.

En 1656, el 7 de enero, se realizó Primer Cabildo para elegir Mayordomo del Hospital. Dicha reunión se efectuó en la Capilla del Hospital y fué presidido por el propio Fray Bartolomé de Vadillo, asistiendo Don Francisco Tijero de la Huerta el gran filántropo de la época. El Padre Vadillo, después de haber hecho una plática espiritual, propuso lo elección del Mayordomo, el cual cuidaría de la administración del Hospital y cobraría las rentas de los bienes asignados. Se nombraron igualmente Diputados. La Mayoría recayó en Alonso de Herrera y cuatro Diputados. Se autorizó a estos para "comprar cualesquiera esclavos o esclava para el servicio de dicho Hospital de contado o "fiado", así como géneros que se necesitare así de mantenimientos de lencerías y medicinas enviando por ello a los Reynos de España en esta ciudad, como más bien le pareciere". Podrían arrendar cualquier casa o posesión del Hospital, a la persona que les pareciere..... otorgando cartas de pago, cancelaciones, finiquitos, etc. Este documento existe en el Archivo de la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima, y lleva la autógrafa de Fray Bartolomé de Vadillo.

Según este documento el Mayordomo nombrado, "a una señal de la cruz, según forma de derecho de usar el dicho oficio bien y finalmente a su leal saber y entender y si así lo hiciera Dios Nuestro Señor lo ayuda y si no se lo demande, demás de lo cual se obligó de dar cuenta con pago, cierta, leal y verdadera de todo lo que entrare en su poder perteneciente al dicho Hospital y pagarle el alcance o alcances que le fueren hechos". La elección de Diputados se hizo por voto secreto "en la forma que más bien les pareciese".

Durante el sismo de 1687, gobernaba el Perú el Duque de la Palata, apodado el Virrey de los pepinos a causa de un bando irónico que promulgara. Bajo su enérgica égida, se construyeron murallas a la ciudad para protegerla de la osadía de los piratas que infestaban las aguas del Pacífico y las Antillas. Por efecto del terrible sismo, Lima quedó completamente en escombros y la gente buscaba seguridad para sus vidas en las plazas públicas, en los corrales, en las huertas, en los campos.

El Virrey estuvo a la altura de su misión de gobernante sereno y organizador. A pesar de pequeños contratiempos que sufriera en su salud, tuvo que acudir a preservar la vida de sus gobernados. "Y en medio de tan contrarias disposiciones para conservar la salud, me la dió Dios (quizás por necesaria en aquellos trabajos), de mas que sin otra quiebra que la de dos sangrías, que las pasé vestido en la defensa de un coche que tuve por habitación los primeros días, pude no faltar un instante a dar las providencias que pedían con tanta variedad las extraordinarias congojas en aquel tiempo". La religión atribuyó tales fenómenos del suelo, a la rela-



jación de las costumbres; y no faltó prelado, que desde el templo dijera estas atroces palabras: "Lima, tus pecados son tu ruina". El satírico Caviedes que fuera testigo presencial del terremoto apuntó:

¿Qué se hicieron Lima ilustre,  
Tus fuertes arquitecturas  
de templos, casas y torres,  
como la fama divulga.  
No quedó templo que al suelo  
no bajare, ni escultura  
sagrada de quien no fueran  
los techos violentas urnas".

Y los Hospitales, como las Casas de Misericordia sufrieron grandemente en su arquitectura, a pesar de los gruesos muros de que se construían en aquella época.

Mugaburu en su Diario correspondiente al año 1661, nos informa de haberse colocado la primera piedra de la Iglesia del Hospital. Dice Mugaburu "pusieron la primera piedra en los cimientos que estaban abiertos en la huerta para las salas de los enfermos; y dentro de la piedra se echaron unas monedas que corren en este año..... Y era Mayordomo de este Hospital de negros honrosos el Sr. Capitán don Francisco Tijeros....."

El 24 de Agosto de 1684 se descubrió toda la Iglesia del Hospital excepto la media naranja de la capilla mayor, hallándose a la misa cantada nueva, que la dijo un religioso de San Agustín .....

El Virrey Conde Superunda, que presencié el pavoroso terremoto de 1746, nos dice cómo el Hospital quedó en ruinas. "no sólo en su material edificio, sino igualmente en sus rentas, lo tenía un estado de cerrarse..... y ordenó se librasen por la caja real, la suma de 18.000 pesos".

A fines del siglo XVIII, el Virrey Francisco Gil de Taboada y Lemos, decía del pobre estado en que se encontraba el Hospital, pues "tocaba en la última línea de su abatimiento", su botica era pobremente surtida, lo mismo que su ropería...

En 1940, presenté a la Sociedad Peruana de Historia de la Medicina un interesante documento tomado de Papeles Varios de la Biblioteca Nacional. Felizmente su copia pude salvarla del trágico incendio del 43. Dicho documento tenía el número 1113 de la catalogación de don Ricardo Palma. Se titula: "ORACION pagnégica al glorioso apóstol San Bartolomé, patrón del Hospital Real de Pobres Negros, enfermos, viejos e impedidos, fundado en esta nobilísima Ciudad de los Reyes. En ocasión que se estrenaron las Salas y Claustros con las demás oficina, que por ruina del for-

midable temblor del año paado de 1687, reedificó el Sargento Mayor Manuel Fernández Dávila, Cónsul más antiguo del tribunal de Comercio, Administrador General que fué del San Lorenzo del Escorial y Mayordomo actual de dicho hospital: Dixolla el doctor Francisco Vargas Machuca, Prebistero, Catedrático de Método de Galeno en la Real Universidad de San Marcos, médico del excelentísimo e ilustrísimo Señor Dr. D. Melchor de Liñán y Cisneros, Arzobispo de esta ciudad...." Por el titulo de esta oración panegórica, se pudiera pensar que está confeccionada únicamente para exaltar las virtudes del santo prelado Vadillo, pero ella se refiere principalmente a reseñar la labor desplegada por el Mayordomo Fernández Dávila en la reconstrucción del Hospital. Este Mayordomo, según se desprende de la oración panegórica, sirvió primero en los bajeles que defendían el reino de piratas y filibusteros. Luego pasó a ser "alivio de lo divino", como Mayordomo del Hospital. Allí tuvo oportunidad de contribuir con celo y eficiencia, a la reconstrucción del casi derruido hospital. Ejercitaba la caridad con los enfermos, "los pobres fueron su mayor empleo, porque todo su anhelo era hacerles bien".

Para la reconstrucción del Hospital, dice Vargas Machuca que "en breves días hizo la cerca y entrada del Hospital con hermosas puertas y portadas de costosas piedras de corte y boladas cornizas fin que haya sido de costo alguno al Hospital, ante si más e ocho mil pesos, que costó esta fábrica, que según lo espacioso, y ancho de la puerta parece que V. M., da a entender a los poderosos, ser la puerta del Hospital del Cielo". Después construyó la Botica "la Oficina que más necesitan los enfermos". Dispuso de más de mil pesos de renta, ahorrados en la compra de medicinas. Al año siguiente de su mayordomía ya los enfermos se hallaban en buenas salas, "quando antes recogidos por rincones desahogados de su estrechez y aflicción, dilatándoles los lechos para el descanso de su grande corazón". Fletó una nave con su propio caudal, para conducir a las partes más remotas el trigo o pan "para sustentar a sus pobres", sustento tanto más necesario, cuanto que aquellas épocas eran de suma carestía, como las que siguen a las grandes conmociones sísmicas. Finalizó su oración haciendo un parangón entre el Mayordomo del Hospital y el digno prelado fundador de él. "Hasta en esto es V. M. parecido a Bartolomé, que ejercitándose en obras de piedad, no quiso del mundo los aplausos apeteciendo más la corona de un martirio, que toda la pompa de un cetro".

Tal un pequeño episodio de la vida de nuestro viejo Hospital. Bien se ve que, las grandes catástrofes incitan también al progreso y de cada una de ellas salía el hospital rejuvenecido, protegido por la mano divina y conducido por varones rebosantes de caridad.

El estado del Hospital de San Bartolomé hacia 1804 era el siguiente:

Larrinaga dice: "El lugar donde se ha colocado este esquelito (para enseñar Anatomía), no puede dejar de ser muy ventajoso para la magnífica idea, (se refiere a la creación de un Colegio de Cirujanos) que nos hemos propuesto en las cuatro urnas que se han de colocar. El Claustro de este Hospital es de lo mejor que tenemos por su bella planta de arcos y columnas con su balastería en cuatro ángulos que son de bastante capacidad. En frente de la puerta principal de la calle, se hallan dos arcos grandes que sirven de atrio a las puertas interiores que dividen las salas de hombres y mujeres; y entre estos dos arcos en donde nos ha costado el señor don José Gregorio Argote, Mayordomo actual de este Real Hospital, toda la decoración de arquitectura y escultura con que nos ha ayudado en una obra tan costosa, cooperando igualmente al mayor lustre y beneficencia de este pobre hospital y en donde a pesar de sus pocas rentas fijas, se han curado bajo de una sabia economía desde el 1.º de Enero hasta el 31 de diciembre del año próximo pasado. 1533 enfermos, sin omitir por esto los notorios aumentos de tantas fincas que mejor se ven y se palpan de lo que puede explicar la más florida elocuencia en la siguiente:

"Si Gonzalo Argote renaciera  
 En la época feliz en que vivimos,  
 Y en aqueste Hospital se detuviera,  
 Para ver y admirar lo que aplaudimos,  
 Aseguro que él mismo nos dijera;  
 Este Argote mejora lo que hicimos,  
 En Polonia, en Sevilla, y sin segundo  
 Viene a ser inmortal al Nuevo Mundo".

Larrinaga modesto vate, exagera las cualidades del Mayordomo del Hospital, pero da cuenta de los adelantos que se habían hecho en su construcción, así como el importante papel que desempeñaba en la asistencia hospitalaria y en la educación médica de entonces. La cifra de 1533 es bastante elocuente y lo es el estado de higiene y de eficiencia terapéutica, ya que desde mediados del siglo XVIII, muchos protomédicos ejercieron en él. Como Matute y otros.

La enseñanza de la anatomía estaba bastante adelantada en los Hospitales de Lima. La Cátedra creada hacia 1711, recibía de la vieja Europa las ideas renovadoras de la enseñanza, principalmente las que emanaban de la Escuela de Vesalio. Con la creación del Anfiteatro Anatómico por Unanue en 1792, se dió un gran impulso a estos estudios que se hacían en el Hospital de San An-

dés. Pero las prácticas anatómicas se hacían en diversos Hospitales. En el de San Bartolomé vemos que en 1804 el cirujano José Pastor de Larrinaga, hacía prácticas de Cirugía, y con fecha 24 de agosto de ese año, se colocó un esqueleto para esa enseñanza.

No sabemos si la crónica ha sido hecha por Larrinaga o por Menéndez Valdéz. Mas parece el estilo de Larrinaga, que a las dotes quirúrgicas, unía el culto por las musas. Se queja de las pocas veces que se practicaban las disecciones anatómicas, "a causa de que los parientes no permiten semejantes operaciones"..... Aprovecha una coyuntura, para hacer una disección anatómica "desnudando los huesos de sus partes musculares, para presentar las Osteología, con sus ligamentos naturales". Luego disecciona el corazón, las arterias y venas. Más como la operación era difícil, El Protocirujano da donación al Hospital de un corazón labrado en cera "cuya pieza es de lo más singular y vistoso que tenemos..... porque además de tener su singular colorido, se ven a un mismo tiempo los vasos coronarios y todas las partes interiores y exteriores de este admirable músculo en su tamaño regular. Se le ha puesto colgado en la mano izquierda del esqueleto, para que los curiosos en la Física y Anatomía lo puedan examinar a un golpe de vista".

Prosigue Larrinaga: "Aun no satisfecha nuestra aplicación y curiosidad con la demostración de las arterias y venas, nos hemos propuesto continuar para honor de la Patria y bien de la posteridad, todos los primores que abraza la Anatomía, poniendo en la mitad de otro esqueleto la miografía o parte musculosa de un lado, texida al natural de seda floxa del mismo color e los músculos y tendones, y en la otra mitad la Neurología o distribución de los nervios, porque examinando un lado se considera el otro y de este modo completaremos en otra ocasión las vísceras o entrañas principales de las tres cavidades animal, vital y natural, y ve aquí el modo de hacer un examen de Anatomía en cualquier estación del año, si se llega a establecer algún día un Colegio de Cirujanos". Esta última frase nos confirma los entusiasmos desbordantes de Larrinaga al querer establecer, sobre un conocimiento imperfecto del cadáver, un Colegio de Cirujanos.

"A la derecha de este esqueleto, se deja ver la figura de un hombre de media vara de alto, hecho de cera, y desnudo de sus tegumentos para que se descubran en su color natural todos los músculos exteriores y los vasos que se distribuyen en ellos, cuya admirable pieza a fin de que sirva de instrucción a la juventud, también la ha cedido liberalmente el Protocirujano...."

Manuel Hurtado, le dedicó a Larrinaga algunas décimas referentes a sus aficiones anatómicas: Veámoslas:

Noble Asamblea atended  
 Con cuidado, con reposo  
 Este artificio huesoso  
 Este tejido, esta red:  
 En ella mirad y ved  
 Con que empeño aquí procura  
 Dar a la luz esta estructura.  
 Solo a fin que conozcamos  
 Las partes de que constamos  
 En esta humana osatura".

Mi tarea por ahora termina en el grito de la Independencia del 1821, dejando para posterior ocasión ocuparme de la etapa republicana y la propia del Hospital Militar. Pero desde ya se afirma en la conciencia pública, el entroncamiento de la Institución hospitalaria, en la vida de la misma urbe limeña, y cómo la historia tan pequeña de un organismo institucional, refleja en buena parte, los acontecimientos trascendentales de la vida de los pueblos.

Llor a los médicos que por él desfilaron, brindando su ciencia y su alta ética. A sus viejos muros, testigos de alegrías y dolores y al humilde enfermo, anónimo, que sufre y que espera lleno de fe la mano piadosa, que le alivie sus males. A las religiosas que siempre colaboraron en esta santa obra social.

Señores:

Así fué el Hospital de San Bartolomé. Hemos hecho un precipitado resumen de tres siglos de su vida, de su silencio y constante lucha con la muerte. El verbo resulta parco y pobre, cuando trata de escribir esta epopeya silenciosa que se desarrolla en cada cama de Hospital. **Deo gratias**, diremos como al finalizar una prédica litúrgica, porque hemos recorrido atropelladamente tres siglos de vida y muerte; pero que a la postre en la alborada actual, surge del pasado lleno de tinieblas, un hospital, que se jacta de su abolengo centenario, para marchar adelante en la ruta del progreso. La Hoja se dobla. Bien por todo el esfuerzo desplegado, pero que ello sea un acicate para que nosotros enrumbemos la nave por el ancho mar de la medicina actual, científica y tecnificada.

El gran Wellington compara el Ejército con el organismo humano, cuyo alto comando estaría representado en el cerebro; el Estado Mayor por el sistema nervioso periférico, o sea la parte encargada de coordinar los diversos segmentos o diversas etapas. Es él el que trasmite las órdenes emanadas del alto comando, órdenes que llegan hasta las tropas que las ejecutan. A su alrededor, tiene el comando agrupados, sistemas que le dan vida y le aseguran la plenitud de su acción. Son los servicios de artillería, de Ingenieros, de Trasmisiones, de Sanidad. Todos ellos están subordinados al comando, pero le son indispensables a la vida total. El todo funciona armónicamente, como un mecanismo de relojería, cual lo hace el sistema nervioso, desde las células piramidales, hasta las últimas terminaciones en los músculos, y un mismo músculo encargado de la ejecución. La Sanidad Militar es un organismo complejo, cuya función primordial es la conservación de los efectivos. Pero la medicina moderna tiende a prevenir antes que curar. Ir a la selección cuidadosa, física y mental, para evitar tropiezos posteriores. Y cada una de las especialidades en las Sanidades modernas, ha tomado un vuelo insospechado. La Neuro-Psiquiatría, por ejemplo ha desempeñado papel preponderante en la última guerra, muy cerca de la cirugía.

Nuestra Sanidad Militar, cuenta con una historia corta, pero fecunda. Ha tenido dirigentes que se han empeñado en modernizarla y adaptarla a las exigencias de los Ejércitos modernos. Por fortuna tenemos al frente de ella, dos Jefes de gran solvencia técnica, los Coroneles Fortunato Quesada y Luis Valentín. A su esfuerzo, se deben muchas mejoras y seguramente otras que vendrán.

Ha llegado al final de esta oración. De esta síntesis de tres siglos de grandezas y miserias, de la que brota pristina, la idealidad del cuerpo médico, por mantener incólume la herencia hipocrática de honor y de bien. Resumen de emociones, de anhelos, de angustias, generadoras de lo perenne, de lo eterno.

Penumbra, crepúsculo y aurora, se funden armoniosamente en estos trecientos años, cuya alborada recién vislumbramos ahora. cuando ya suenan los acordes de una nueva era, en la que se impone una Sanidad Militar fuerte y fecunda. Ojalá sea un hecho, ese justo anhelo que todos sentimos vibrar en nuestro corazón: el Nuevo Hospital Militar del Perú.

## BIBLIOGRAFIA

**Mendiburu Manuel de.**—Diccionario histórico biográfico del Perú. T. XI Lima, 1934.

**Fuentes Manuel A.**—Estadística general de Lima. Lima 1858.

**C. E. Paz Soldán.**—La evolución de las ideas sobre Asistencia en el Perú. Anales Soc. Hist. Med. Lima, 1943.

**C. E. Paz Soldán.**—Cuatro siglos de medicina limense, Lima, 1935.

**Carlos Martínez Durán.**—Los Hospitales de América durante la época colonial. The Johns Hopkins Press, Baltimore, 1944.

**Valdizán Hermilio.**—Diccionario de medicina peruana. Lima, 1923.

**Valdizán Hermilio.**—La Facultad de Medicina en Lima, 1925.

**Lastres Juan B.**—Terremotos, hospitales y epidemias de la Lima colonial. Archeion. Vol. XXII. No. 2. Santa Fe (Argentina), 1940.

**Castillo de Lucas, A.**—Folklore médico-religioso, Madrid, 1943.

**Lastres Juan B.**—Una Neurósis célebre. Lima, 1945.

**Melot, Coronel A.**—Conferencias de Sanidad Militar, Lima, 1911-1912.

**Eguiguren Luis A.**—Diccionario histórico-cronológico de la Universidad Real y Pontificia de San Marcos, Tomo I. Lima, 1940.

"Las calles de Lima, por Multatuli.—Santa Rosa de Lima, Lima, 1944.

**Lastres Juan B.**—Fray Bartolomé de Vadillo y la fundación del Real Hospital de San Bartolomé. An. de La Soc. Per. de Hist. de la Med. Lima, 1940.

Documentos inéditos encontrados por el autor en la extinguida Biblioteca Nacional y en el Archivo de la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima, J. B. L.